

# NOTAS SOBRE LA EXPLOTACIÓN Y LA DOMINACIÓN TECNOLÓGICA EN EL CAPITALISMO DEL SIGLO XXI

NOTES ON EXPLOITATION AND TECHNOLOGICAL DOMINATION IN 21ST CENTURY CAPITALISM

Álan Ricardo Rodríguez Orozco<sup>1</sup>

OROZCO, A. R. R. Notas sobre la explotación y la dominación tecnológica en el capitalismo del siglo XXI. *Akrópolis*, Umuarama, v. 29, n. 2, p. 145-162, jul./dez. 2021.

DOI: [10.25110/akropolis.v29i2.8396](https://doi.org/10.25110/akropolis.v29i2.8396)

**RESUMEN:** Valiéndose de la puesta en diálogo de, por un lado, los aportes de la filosofía social (teoría crítica), desarrollada por Herbert Marcuse, en la segunda mitad del siglo XX; y, por el otro, la filosofía de la técnica, ensayada por Bolívar Echeverría, en las primeras décadas del siglo XXI; el presente texto busca problematizar los fenómenos contemporáneos de la explotación y la dominación capitalista, situando (espacial y temporalmente) y dando cuenta de las tendencias históricas dominantes que explican los niveles de radicalidad a los cuales ambos fenómenos han arribado. En particular, lo que aquí interesa es identificar aquellas trayectorias seguidas por la dominación y la explotación tecnológicas, en el seno del capitalismo contemporáneo, que desde hace algunos años tienden hacia su propia hegemonización y consolidación en el acontecer de la vida cotidiana alrededor del mundo. De ahí que el énfasis esté colocado en visibilizar las lógicas de funcionamiento que ya operaban en la realidad de millones de personas con anterioridad al contexto inaugurado por la pandemia de SARS-CoV-2, sacando a la luz, sobre todo, sus contradicciones y tensiones intrínsecas. Para cumplir con dicho propósito, el documento se divide en tres apartados. En el primero se lleva a cabo el análisis del fundamento, la esencia y la forma de la matriz tecnológica contemporánea; en el segundo, se problematizan los fenómenos de la enajenación, la alienación y la explotación tecnológica como condiciones de posibilidad del sostenimiento del capitalismo, a pesar de la crisis por la que atraviesa; finalmente, en el tercer apartado se ofrecen algunas anotaciones sobre la automatización productiva, los sistemas de vigilancia y la interiorización del poder en Occidente, en general; y en América, en particular.

**PALABRAS CLAVE:** Dominación tecnológica; Inteligencia artificial; Capitalismo; Vigilancia; Automatización.

**ABSTRACT:** Placing the contributions of social philosophy (critical theory) developed by Herbert Marcuse in the second half of the 20<sup>th</sup> century in dialogue with the philosophy of technique as tested by Bolívar Echeverría, in the first decades of the 21<sup>st</sup> century, this paper seeks to problematize the contemporary phenomena of exploitation and capitalist domination by situating (both spatially and temporally) and accounting for the dominant historical trends that explain the levels

<sup>1</sup> Lic. en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional Autónoma de México. Miembro del Grupo de Trabajo Geopolítica, integración regional y sistema mundial, del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).  
E-mail: ricardorozco@live.com.mx

of radicality to which both phenomena have arrived. In particular, the authors are interested in identifying the trajectories followed by technological domination and exploitation within the contemporary capitalism. These trajectories have currently been tending towards their own hegemony and consolidation in everyday life around the world. Hence, the emphasis is placed on making the operating logics that were already operating in the reality of millions of people prior to the context given by the SARS-CoV-2 pandemic visible, bringing to light, above all, their intrinsic contradictions and tensions. To fulfill this purpose, the paper is divided into three sections. The first section analyzes the foundation, essence, and form of the contemporary technological matrix; the second one problematizes the phenomena of alienation and technological exploitation as allowing conditions for the sustainability of capitalism, despite the crisis it is going through; and finally, the third section offers some notes on productive automation, surveillance systems, and the internalization of power in the West, in general, and in America, in particular.

**KEYWORDS:** Technological domination; Artificial intelligence; Capitalism; Surveillance; Automation.

## INTRODUCCIÓN

Aunque, en estricto sentido, gran parte de los desarrollos y de las aplicaciones tecnológicas que se observan en las sociedades industriales contemporáneas, en el contexto actual, es producto de tendencias que ya se observaban desde, por lo menos, principios de los años setenta del siglo XX (coincidiendo con la expansión global del neoliberalismo de autoría intelectual estadounidense), muchas de las innovaciones que hoy día amenazan con instaurarse como los eslabones de las nuevas matrices de dominación tecnológica no podrían explicarse — en lo que respecta a los planos de su extensión y generalización en diversas sociedades nacionales y los grados de aceptación colectiva de los que son objeto —, por perniciosas que sean sus consecuencias para la consecución de sociedades más igualitarias, democráticas, justas y libres, sin hacer referencia explícita a los efectos que sobre ellas tuvo la emergencia de la pandemia en curso.

Esto es así no tanto porque de las medidas adoptadas al rededor del mundo para hacer frente al esparcimiento de la nueva cepa de coronavirus (SARS-CoV-2) se hubiese desprendido una serie de ingeniosas innovaciones hasta antes no presentes en alguna medida dentro de los márgenes *normales* del desarrollo científico-tecnológico global, sino, antes bien, porque las políticas de distanciamiento

social y de confinamiento colectivo decretadas por los gobiernos de prácticamente todas las naciones del mundo coadyuvaron a generar un entorno propicio para afinar algunos de sus detalles, afinados por mucho tiempo con anterioridad, pero con pocos márgenes de maniobra cuando se trata de introducirlos de lleno en la vida cotidiana de las personas. En parte, pues, el punto en el que se encuentra la matriz tecnológica vigente es apenas una fase dentro de un flujo espacial-temporal que hunde sus raíces más profundas en el fenómeno de la revolución industrial, del siglo XIX, aunque con mayor precisión adoptó su *forma* actual a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Pero en parte, también, una buena medida de su éxito en el presente se debe a que los tiempos que corren le proporcionaron dos cosas a los sujetos que orientan el *sentido* histórico de esa matriz (las grandes corporaciones transnacionales de la industria de alta tecnología y los capitales financieros globales): miedo y desmovilización colectiva.

En efecto, si en la actualidad, a nivel internacional, se tiene la percepción de que los desarrollos científico-tecnológicos se hallan en una suerte de momento cumbre de su despliegue social, ello se debe, primero, a que la pandemia de Covid-19 desencadenó en la conciencia colectiva un cambio de comprensión o de intelección a partir del cual la humanidad percibe el mundo y se relaciona con él; y, en segundo lugar, a que, de hecho, tecnologías de punta como las relativas a la inteligencia artificial, a la ingeniería genética, a los sistemas de gestión y procesamiento de información, a la geoingeniería, a la transmisión de datos y a la automatización de procesos productivos y cadenas de valor se hallan en un nuevo estadio cualitativo y cuantitativo de su desdoblamiento.

En este sentido, el miedo a morir por causa de Covid-19, que satura la vida cotidiana de las personas al rededor del planeta, proporcionó a esas corporaciones tecnológicas los marcos políticos e ideológicos propicios para justificar y legitimar la imposición de ciertas aplicaciones sobre la vida individual y colectiva de las personas (al margen de cualquier exceso), como lo son los sistemas de vigilancia, de monitoreo y de rastreo, o, en un registro paralelo, los de control biométrico en tiempo real. La desmovilización, por su parte, sumó a esos marcos el anestesiamiento de las resistencias populares ante tales imposiciones, haciendo más sencilla la tarea de corporaciones y gobiernos de erigir nuevas matrices tecnológicas nacionales para la administración, gestión, control y regulación de

la población y de sus procesos sociales, políticos, económicos, culturales, biológicos, etcétera.

Y es que si bien es verdad que a lo largo de las últimas dos décadas en la historia de la humanidad se encuentran apilados múltiples ejemplos sobre cómo la radicalización del dominio tecnológico no requiere, necesariamente, de un contexto tan particular como el que fue desencadenado por los *Estados de excepción sanitaria* declarados al rededor del orbe (el proyecto de *Safe Cities* de Huawei es paradigmático al respecto), la realidad de la situación imperante es que la aceptación colectiva de nuevas matrices tecnológicas nacionales no es un problema que se resuelva mecánicamente.

Si se observa la historia reciente de las naciones occidentales, sin ir más lejos, lo primero que se alcanza a apreciar es que el avance de la automatización de procesos productivos/consuntivos en muchas de ellas ha conducido o bien a que las funciones de control y de dirección estatal y gubernamental queden en manos de proyectos políticos de extrema derecha o bien a que las masas se movilicen en defensa de las pocas prerrogativas sociales y laborales que aún gozan. Francia (piénsese en las protestas de los *Chalecos Amarillos*), en esta línea de ideas, resulta ilustrativa de esta segunda derivación en la *forma* de resolver las tensiones entre la fuerza de trabajo viva y la profusión de este tipo de aplicaciones tecnológicas. Estados Unidos, por otra parte, lo es de la primera tendencia, con un uso cada vez más generalizado de tecnologías de vigilancia destinadas a prevenir, controlar y regular la contingencia y, en general, cualquier tipo de reacción colectiva que suponga un desafío para el *statu quo* imperante.

En América, para no variar, ambas experiencias se entrelazan y tensan en escenarios de profunda conflictividad, dando vida a expresiones de tipo autoritario (como en el Brasil de Jair Bolsonaro) o nacional-populares (como en el México de Andrés Manuel López Obrador). Y lo cierto es que no por casualidad: las dinámicas históricas, políticas, económicas y culturales por las que atraviesan ambas naciones (en tanto que representativas de la región en muchas de sus trayectorias continentales) dan cuenta de las enormes y densas contradicciones que se abren entre dinámicas de masificación de la «superexplotación» (MARINI, 2015) de la fuerza de trabajo viva, por un lado; y la rápida reconversión de las cadenas de valor regionales, producto, al mismo tiempo, del avance acelerado de la automatización de procesos

productivos/consuntivos en economías centrales (lo que hace que ya no sea rentable mantener determinada producción en suelo americano, por barata que sea su mano de obra, por bajas que sean sus rentas y por inexistentes que sean los costos a pagar sobre responsabilidades ambientales); y de la propia expansión de nuevas aplicaciones tecnológicas en los mercados americanos: presionando los salarios, incrementando los niveles de desempleo (o la *informalidad* y la *marginalidad*), mermando las capacidades del Estado de proveer servicios públicos (sin hacerlo a expensas de la mayor pauperización de las masas empobrecidas), etcétera.

Confinada la población global y embriagada por el miedo a la enfermedad y, en última instancia, a la muerte, los problemas de los excesos y de la aceptación colectiva a la instauración de nuevos regímenes de dominación tecnológica encuentran una salida fácil para los grandes capitales y los gobiernos nacionales que los respaldan, resultando en una mayor canalización de esfuerzos, por parte de aquellas y de estos, hacia las tareas de: a) *exponenciar* la viabilidad técnica de la automatización, b) reducir sus costos de operación y de reconversión de las industrias y los *mercados meta*, c) estabilizar y aminorar los costos de mantenimiento (una vez instaladas las nuevas capacidades tecnológicas); y, d) maximizar los rendimientos obtenidos de la sustitución de la mano de obra viva lo suficiente como para que el remplazo no implique una ganancia apenas marginal por el desplazamiento humano provocado.

Ahora bien, ante este escenario, (por lo menos desde las bases epistemológica del pensamiento crítico, aunque ésta debería de ser un imperativo para cualquier discurso que no pretenda ser apologista del orden de cosas imperante), una pregunta se impone es: ¿qué posibilidades de emancipación, individual y colectiva, existen, respecto de la explotación capitalista contemporánea y su matriz tecnológica de dominación, en el seno de una dinámica social en la que los únicos sujetos capaces de lograr cualquier tipo de emancipación, de construcción de una sociedad más igualitaria, más libre, más democrática y justa, son, simultáneamente, aquellos que en la actualidad demandan grados cada vez mayores de *tecnologización* de la vida social? ¿cómo es posible conseguir el deshacerse de la explotación capitalista y de su entramado de control tecnológico cuando en este instante se acepta con complacencia la radicalización de una y

otro para preservar la vida propia, aunque sea una vida gregaria?

Responder parcial o totalmente a estas preguntas, con el objetivo de plantearles alternativas concretas, agendas programáticas claras, de modelos distintos de sociedad, en el contexto imperante, por necesidad demanda realizar un análisis agudo del *fundamento*, la *esencia* y la *forma* de la matriz tecnológica contemporánea, por lo menos, en lo que respecta a tres de sus planos de problematización: a) su centralidad, en tanto causa y efecto, en el desdoblamiento de la crisis de acumulación de capital en curso; b) su despliegue como *red neuronal* de poder, de control, regulación y dominación individual y colectiva; y, c) sus efectos en la enajenación y la alienación práctica e ideológica de los sujetos sociales.

## FUNDAMENTO, ESENCIA Y FORMA DE LA MATRIZ TECNOLÓGICA CONTEMPORÁNEA

Si se parte de la idea de que la tecnología contemporánea es una *forma* específica de organización del campo instrumental (técnico) a partir del cual se realiza la producción, la circulación y el consumo material en una sociedad dada, lo primero que habría que aclarar es que ese modo particular de producir, distribuir, hacer circular y consumir el universo material en el cual se lleva a cabo el despliegue de la vida social tiene en el desarrollo de la técnica moderna su razón de ser más elemental, antigua y profunda. La historia de la matriz tecnológica vigente y de la *revolución* industrial que le imprimió la potencia y la trayectoria por la cual ahora transita es, en este sentido, la historia de «larga duración» (BRAUDEL, 1989) del permanente, sistemático e insistente mejoramiento (*revolucionamiento*) de las fuerzas productivas de la sociedad a partir del dominio de la técnica como su dimensión de realización fundamental.

En términos generales, esta *declaración de principios* sobre la historia de la tecnología moderna comprendida, a su vez, como la historia de una *forma* específica, hasta cierto punto *arbitraria* entre tantas otras de cumplir con el *progreso* de la producción material de la vida social (algunas de ellas históricamente ya exploradas, mientras que otras tantas permanecen, aún, como *posibilidades* de sentido *abiertas*, todavía no experimentadas), conduce, necesariamente, a su entendimiento como «el carácter peculiar de una forma histórica de totalización civilizatoria» (ECHEVERRÍA,

2018, p. 141). Entre la producción técnica de la materialidad de la cual se vale el ser humano para liberar, al mismo tiempo, las potencialidades de su propia socialidad, por un lado; y la dimensión mercantil, económica, de esa experiencia, por el otro; existe, por lo tanto, una relación en la cual el campo instrumental del que se valen los sujetos sociales (individuales y colectivos) es condición de posibilidad del despliegue de sus capacidades de producción y de sus necesidades de consumo.

De ahí, entonces, el reconocimiento de que «la técnica por sí misma puede propiciar el autoritarismo así como la libertad, la escasez así como la abundancia, la extensión al igual que la abolición del trabajo arduo» (MARCUSE, 2001, p. 54). Y es que, en efecto, desde la perspectiva de los modos de producción históricos ensayados por la humanidad, la técnica, *en y por sí misma*, no es sino un rasgo, cualitativo y cuantitativo, de la potencia social con la cual cuentan un individuo, una colectividad y/o una civilización determinados, en un tiempo-espacio dados, para producir el mundo de la vida en el cual existen efectivamente como seres sociales.

Que la técnica, en particular; y que el campo instrumental, en general; sirvan, por igual, para dar origen a *experiencias límite* como las observadas en el nacionalsocialismo —en tanto que *tecnocracia* o «economía altamente racionalizada y mecanizada, con la mayor eficiencia productiva [operando] en pro de los intereses de la opresión totalitaria y la escasez permanente» (MARCUSE, 2001, p. 54)— o, en un registro similar, en el neoliberalismo y su peculiar carácter de «totalitarismo de mercado» (HINKELAMMERT, 2018), por un lado; o para consolidar organizaciones comunitarias de la producción y el consumo, ajenas por completo a la lógica de acumulación que domina en el capitalismo contemporáneo (del tipo ensayado por los *Caracoles Zapatistas*, en el sudeste mexicano), por el otro; siendo unas y otras opciones divergentes e incluso excluyentes, se debe, en esta línea de ideas, al hecho de que el sentido histórico y el modo final de organizar a los instrumentos de la producción, de la circulación, de la distribución y del consumo materiales plasmados en cada una de esas opciones respondió (responde) a necesidades sociales e históricas distintas. En cualquiera de los casos supuestos, no obstante, lo que es una constante es que el campo instrumental siempre se halla subsumido —real y formalmente— *por y en* «el modo de reproducción de la vida económica del ser humano» (ECHEVERRÍA, 2018, p. 141); siendo

éste, además, una *elección*, asimismo, de *forma* y de *sentido*.

Es esa *inconsistencia*, esa suerte de *neutralidad originaria* del desarrollo técnico — pensada y aprehendida al margen de sus *configuraciones* históricas hasta ahora experimentadas y ensayadas por la humanidad — lo que constituye, pues, la *esencia* de la técnica y de la tecnología contemporáneas: el hecho de que el campo instrumental y el incremento de las potencialidades cualitativas en la dimensión social de la producción y del consumo que éste desdobra se hallen siempre, en todo momento, en una condición de *susceptibilidad* (de *dejarse elegir* y *dar forma*) ante las posibilidades de modificación o de transformación de sus resultados y de sus efectos en el despliegue de la vida cotidiana de los individuos y las colectividades es su rasgo más *esencial*, aquel en el que un universo de posibilidades se *abre* en el seno mismo del *drama* que constituyen la existencia humana y sus necesidades de consumo (ECHEVERRÍA, 2018).

Históricamente, sin embargo, esa *esencia*, aunque ha experimentado una multiplicidad y una diversidad de configuraciones concretas a lo largo del tiempo y en distintas escalas espaciales, dotadas, cada una de ellas, de los sentidos y de los propósitos más diversos, al servicio de las *elecciones civilizatorias* puestas en cuestión en cada caso; en el tiempo-espacio presente, su *figura efectiva*, hegemónica (aquella que domina al resto de vías u opciones para realizar los mayores grados de potencialidad técnica en la reproducción material de la vida), es la que se observa en la *subsunción formal* y *real* que del campo instrumental hace el capitalismo contemporáneo; es decir, aquella en la que el *revolucionamiento* permanente, insistente del progreso técnico se encuentra bajo el dominio — casi absoluto — de la lógica de la acumulación, concentración y centralización de capital extraído a partir de la explotación intensiva y extensiva de las fuerzas de trabajo vivas.

El fundamento de esa dinámica, por su parte, se halla en el largo proceso por el que aún atraviesa el progreso técnico, desde sus etapas más tempranas de consolidación, entre los siglos XVI y XVII, hasta las más explosivas e intempestivas, históricamente organizadas como *revolución industrial*, a lo largo de los siglos XIX y XX, pero de cuya trayectoria la humanidad aún no escapa. En efecto, aunque a partir de la masificación de innovaciones tecnológicas en los campos de las

telecomunicaciones y de la informática, entre los años ochenta del siglo XX y lo que va del XXI, han tendido a ser cada vez más profusas las apuestas intelectuales que se decantan por teorizar sobre una segunda, una tercera y hasta una cuarta revolución industrial y o científico-tecnológica (SCHWAB, 2016), la realidad es que el fundamento de todas esas supuestas *revoluciones*, sucesivas a la que se dio a partir de la segunda mitad del siglo XIX, no son sino *momentos* que han tenido lugar en la larga marcha del desdoblamiento de la totalidad de las potencialidades descubiertas hace poco más siglo y medio: las consecuencias aún no-agotadas del fundamento de esa primera y hasta ahora única revolución científico-tecnológica del capitalismo industrial.

Y es que sí, los cambios observados en las innovaciones tecnológicas en el contexto actual rebasan, por mucho, lo que en su momento se pensó apenas como posibilidad en el siglo XIX, e incluso en el XX; y sí, también es cierto que las fuentes energéticas de las que se valen los desarrollos tecnológicos en uno y en otro momento han tenido enormes variaciones (pasando de la máquina de vapor a los motores de combustión interna — con el predominio hasta ahora indisputado del petróleo —, e introduciendo, con posterioridad, la acumulación de energía eléctrica y hasta la movilización por fisión nuclear). Y sí, es verdad, asimismo, que en las últimas décadas la física cuántica ha superado en muchos aspectos a la mecánica clásica, abriendo, en conjunción con nuevos descubrimientos hechos en, por ejemplo, los campos de las ciencias genómicas, enormes posibilidades para el desarrollo y la aplicación de nuevas tecnologías, en dimensiones de la vida social y natural que con anterioridad se apreciaban como inalcanzables en lo inmediato o profundamente difíciles de intervenir.

El problema es, no obstante la verdad inscrita en cada una de las afirmaciones anteriores, que, a pesar de todos esos *saltos cualitativos*, de las variaciones presentes y de la diversificación de la que son objeto esas aplicaciones, los fundamentos epistemológicos básicos, elementales, que movilizan a la totalidad del campo instrumental vigente siguen siendo los mismos que, en su momento, echaron a andar el *revolucionamiento* de las capacidades sociales de producción, circulación y consumo mercantiles en el marco del capitalismo industrial. Una forma sencilla de verificar esto es contrastando aquello que, en el siglo XIX, era pensado como parte de un futuro utópico, pero que hoy comienza a ser parte *natural* en la vida cotidiana de millones

de personas (los robots son indicativos de ello). Es decir, observado que lo que hoy se considera como una segunda, tercera o cuarta revolución científico-tecnológica o industrial, en realidad, ya se hallaba como programa intelectual colectivo en los siglos XIX y XX, se alcanza a apreciar que lo que hoy se experimenta como innovaciones no deja de ser, a pesar de las distancias que se abren entre ambos siglos, la realización efectiva de lo que con anterioridad era pura potencialidad.

Que la técnica moderna y la totalidad del campo instrumental del que se vale la humanidad, en la actualidad, para satisfacer sus necesidades de consumo y elevar a sus máximas escalas sus capacidades de producción, se hallen subsumidas en la lógica de la acumulación, la concentración y la centralización de capital, además, quiere decir que la *promesa originaria* de esa técnica moderna: emancipar a la humanidad de la escasez absoluta que la *Naturaleza* le planteaba como un desafío ontológico, como un reto a la posibilidad de sostener su propia existencia en el planeta; lejos de reafirmarse y de haber vuelto realidad la *utopía* milenaria, *transhistórica*, acerca de la sustitución del productivismo premoderno por el imperio de una existencia libre del flagelo de la escasez, terminó por instaurar un régimen aún más avasallador, violento y pernicioso: el de la consolidación de una escasez relativa, generada artificialmente por un régimen social basado de la apropiación privada de los medios de producción, en la explotación de la fuerza de trabajo vivía, en la progresiva mercantilización de todo cuanto existe en el planeta (y en la *era espacial*, más allá de los límites terrestres) y en la subordinación del valor de uso de la materialidad socialmente producida a las necesidades de reproducción del valor abstracto, puramente mercantil, que se autovaloriza.

Habría que decir, por lo tanto, en línea con las consideraciones anteriores, que, de todas las configuraciones efectivas del campo instrumental que se han ensayado en la historia de la humanidad, la que hasta ahora se ha sostenido como la hegemónica, por encima de todas las demás históricamente ensayadas y abandonadas y de las aún vigentes, en tensión y disputa por constituirse ellas mismas como las dominantes sobre el resto, es la correspondiente a la matriz tecnológica capitalista, «la del industrialismo maquinizado de corte noreuropeo: aquella que, desde el siglo XVI hasta nuestros días, se conforma en torno al hecho radical de la subordinación del proceso de producción/consumo al “capitalismo” como forma

peculiar de acumulación de la riqueza mercantil» (ECHEVERRÍA, 2018, p. 147).

## ENAJENACIÓN, ALIENACIÓN Y EXPLOTACIÓN: DOMINACIÓN TECNOLÓGICA

Ahora bien, si lo que causa el sometimiento del campo instrumental moderno a la lógica de la acumulación, la concentración y la centralización de capital es el contener toda posibilidad de emancipar a la humanidad de la pesada carga que supone el productivismo capitalista, reconvirtiendo el sentido originario de la técnica misma en su exacto opuesto: en una potencialidad que lejos de conseguir la abundancia del consumo y la satisfacción de las necesidades individuales y colectivas se centra en reproducir artificialmente la escasez del mundo de la vida para valorizarlo abstractamente; en la historia de ese despliegue efectivo del capitalismo moderno y de sus matrices tecnológicas habría que identificar, asimismo, dos fenómenos específicos que son de vital importancia para comprender las tendencias y las trayectorias seguidas por la dominación y la explotación vigentes. El primero de ellos tiene que ver con la alienación práctica e ideológica. El segundo, con las escalas a las cuales se ha desplegado la automatización de procesos productivos/consuntivos en la sustitución de la fuerza de trabajo viva.

Ambos, por supuesto, se hallan atravesados por la lógica del fetichismo moderno (el fetichismo propiamente capitalista, por oposición a su forma arcaica) que, entre otras cosas, tiene por efecto el hacer de las mercancías y del capital las unidades y la potencia social, cultural, política e histórica que determinan el destino a seguir por la humanidad; una suerte de *sujetos sociales sustitutivos* del verdadero y auténtico sujeto social, cultural, político e histórico: el ser humano (ECHEVERRÍA, 2017), cuya intermediación en la vida cotidiana de las personas no existe condición de posibilidad alguna para favorecer el relacionamiento intersubjetivo entre individuos y comunidades. De tal suerte que, en los dos fenómenos (el de la alienación y el de la *banalización* del ser humano), es posible identificar la manera en que tanto el cumulo de mercancías que saturan la vida cotidiana de las sociedades cuanto el intercambio mercantil capitalista *en y por* sí mismo, así como la orientación y la trayectoria seguida por el campo instrumental que hace posibles a aquellas y a éste, se hallan sometidas a determinaciones que «llevan intrínsecamente, en

su propia inercia, un sentido, una necesidad o una dinámica autónoma» (ECHEVERRÍA, 2017, p. 282), parasitaria de las figuras concretas, cualitativas, de la vida material.

Aquí, lo que interesa resaltar, no obstante la precisión anterior, es que, aunque el análisis de la estructura mercantil y de su fetichismo explican cómo el capitalismo contemporáneo se ha erigido en la nueva *religión de la modernidad* (ECHEVERRÍA, 2019) haciendo de aquel una realidad que, a pesar de presumir de su racionalidad matematizante ha devenido ella misma en mito (HORKHEIMER y ADORNO, 2016); agotar la discusión sobre las nuevas formas de la dominación tecnológica en ese estudio particular conlleva el riesgo de apartar la vista del necesario reconocimiento de la manera específica en que operan, por un lado, la alienación de la praxis y de la conciencia social, individual y colectiva; y, por el otro, la relación contradictoria y siempre en tensión que se abre entre la radicalización de la vigilancia y el control de la contingencia y la banalización de la vida humana.

Y es que, en efecto, si se la mira de cerca, la sociedad capitalista contemporánea, a pesar de presentarse a sí misma como la forma más acabada de organización racional de la existencia humana (y de todo cuanto habita el planeta y fuera de él), no muy en el fondo muestra que ella misma es «irracional como totalidad. Su productividad destruye el libre desarrollo de las necesidades y las facultades humanas, su paz se mantiene mediante la constante amenaza de guerra, su crecimiento depende de la represión de las verdaderas posibilidades de pacificar la lucha por la existencia en el campo individual, nacional e internacional» (MARCUSE, 1968, p. 11-12). Pero la fetichización capitalista, vista desde esta perspectiva, no responde a las dimensiones de la problemática planteada respecto de la dominación tecnológica contemporánea por sí misma si en el ejercicio de su intelección y análisis no se avanza sobre la comprensión sobre cómo ésta funda su *razón de ser* en la enajenación de la producción material cotidiana que los sujetos sociales, erigen a su alrededor.

De ahí que, si en el capitalismo contemporáneo la fetichización del intercambio mercantil (radicalizado en su lógica gracias a la racionalidad fundante del neoliberalismo) da cuenta de la manera en que los individuos y las colectividades renuncian al ejercicio de su subjetividad social, en tanto que potencia política, histórica, económica

y cultural, abandonándose al sometimiento de las necesidades de reproducción, acumulación, concentración y centralización de capital; en lo que respecta a la dimensión estrictamente técnica de la experiencia de vida de la humanidad en la Tierra, son la enajenación y la alienación los fenómenos que muestran la relación de exterioridad a la que ha sido arrojada la interacción entre las subjetividades sociales y el campo instrumental del cual disponen para realizar sus capacidades de producción y sus necesidades de consumo.

Enajenación, pues, en el sentido de que «el ser humano de la modernidad capitalista se encuentra sometido — esclavizado, diría Marx — bajo una versión metamorfoseada de sí mismo en la que él mismo ha pasado a existir, pero sólo en tanto que valor económico que se autovaloriza» (ECHEVERRÍA, 2009, p. 29). Y es que, en efecto, el nervio más profundo de este fenómeno hunde sus raíces en la traición que acomete sobre las posibilidades de realización y de liberación individual (frente a las opresiones arcaicas, tradicionales, de lo colectivo) mediante la propia negación tanto de la colectividad — pulverizándola en la instauración de formas sociales dominadas por el individualismo y la propiedad privada de los medios de producción — como de la individualidad misma: constriñendo las verdaderas capacidades que el individuo tiene de saberse a sí mismo como parte de un todo ante el cual no se vea en la obligación de *sacrificar* o de renunciar a una parte de sí para reafirmar la identidad colectiva, pero que, a pesar de ello, no llega, nunca, a erigirse como una suerte de soberanía impenetrable, dada al margen de esa identidad comunitaria.

Es, de hecho, esta negación lo que explica, entre otras cosas, que, en los grados de automatización mecánica y tecnológica alcanzados por el capitalismo contemporáneo, lo mismo en procesos productivos locales que en cadenas enteras de valor globales, el éxito de dicha expansión cualitativa y cuantitativa tenga entre sus condiciones de posibilidad el que sean los propios individuos los agentes encargados de entrenar a aquellas tecnologías (máquinas, computadoras, *softwares*, algoritmos, etc.), para alcanzar grados cada vez mayores de perfeccionamiento en sus capacidades de sustitución del elemento humano en la reproducción material de la vida cotidiana.

Piénsese, por ejemplo, en tiempos en los que los avances en los desarrollos, la implementación y la aplicación de *Inteligencia Artificial* se dan

en crecimientos cualitativos y cuantitativos de tipo geométrico (más que aritmético), en que los márgenes de éxito conseguidos por esos *saltos hacia adelante* en el ecosistema científico-tecnológico vigente se dan gracias a que es el consumo masificado de esos desarrollos (motivado por las necesidades individuales y colectivas de aligerar la carga del trabajo cotidiano) lo que introduce en la matriz tecnológica en cuestión niveles de efectividad superiores en la imitación que hace del comportamiento humano, y, más aún, en la imitación que hace de los procesos de toma de decisiones que en el día a día realizan los individuos y las colectividades para resolver diversas situaciones ante las que se deben enfrentar.

Vista en toda su magnitud, en una visión de conjunto, la matriz tecnológica del capitalismo contemporáneo reactualiza constantemente la enajenación social, individual y colectiva, en el despliegue de todo su potencial para hacer de la vida de las personas menos *miserable, fatigante y laboriosa*, pero lo hace únicamente bajo la condición de que, en los hechos, esa potencia se lleve a cabo bajo la lógica de su exacta y total negación, y operando, en ese sentido, para hacer menos porosa y más hermética (menos susceptible de desmoronarse ante la contingencia) la dominación de las personas y de las comunidades (CRARY, 24/7). La automatización del trabajo manufacturero en una multiplicidad de industrias, en esta línea de ideas, sustenta su éxito en reducir no únicamente la extensión del tiempo de trabajo (la duración de las jornadas laborales), sino, de igual manera, la intensidad con la que dicha actividad se realiza (la intensidad de la transferencia de valor de la fuerza de trabajo en un periodo de tiempo dado), aunque ello implique, más que una promesa de descanso para las personas, la seguridad de su anulación.

Los problemas que se derivan de este proyecto de sostener el productivismo capitalista veinticuatro horas al día, siete días a la semana, por supuesto, son múltiples y se reproducen por todos lados en la vida social en donde la automatización comienza a enseñorearse como la opción hegemónica para incrementar los márgenes de reproducción, acumulación, concentración y centralización de capital. Estos van desde la desvalorización acelerada del costo de la fuerza de trabajo viva, comprándola, en lo inmediato, por salarios inferiores a los montos necesarios para que ésta se siga reproduciendo en condiciones de normalidad, hasta las estrategias más agudas de violación de su valor en lo concerniente a su valor

total (espacial y temporalmente medita), ya sea por la vía de la prolongación de la jornada de trabajo o por medio de incrementar la intensidad del trabajo completado (Osorio, 2000). En todos estos casos, no únicamente se juega la posibilidad de que las personas y los colectivos no sólo no lleguen a ser reducidos a simples seres gregarios (en los que el agotamiento de sus capacidades laborales sirve apenas para satisfacer necesidades biológicas mínimas de reproducción y sostenimiento de la propia vida, como comer y dormir; suprimiendo otras necesidades y otras formas de consumo), sino que, asimismo, aparece en primer plano el problema de la *desocupación* generalizada y la reactualización de formas de esclavitud adaptadas a los términos de su aprovechamiento vigentes.

Y la cuestión es que, aunque todas estas consecuencias son perniciosas porque violentan de manera directa las condiciones de vida de las personas que se ven afectadas por ellas, el problema más agudo sobre este particular es que, a pesar de ello, el *espíritu de la época* contemporánea se mantiene como una tendencia histórica en la que los avances y las invenciones científico-tecnológicas son pensadas, aplicadas y aceptadas al margen de la naturaleza y de los efectos que el modo de producción capitalista introduce en ellas; esto es, son aceptadas *en* y por *sí* mismas como modificaciones cualitativas y cuantitativas de la existencia humana obviando o simplemente ignorando que «el método capitalista discrimina y escoge entre las posibilidades que ofrece [el campo instrumental], y sólo actualiza o realiza aquellas que prometen ser funcionales con la meta que persigue, que es la acumulación de capital» (ECHEVERRÍA, 2009, p. 26).

Una suerte de conciencia y de anhelo utópicos, latentes desde tiempos inmemoriales en la esencia misma de la modernidad como promesa de emancipación social de toda forma de escasez absoluta y consecución de la abundancia para el goce, así, parece ser, en el nivel de las masas (si bien no así en lo que se refiere a las motivaciones de las clases propietarias y sus empresas privadas) lo que, por una parte, motiva su aceptación de la tendencia histórica en curso, acerca de su propia banalización; y por la otra, lo que impulsa su participación activa, complaciente, militante, en el proceso de forjamiento de su tragedia y del drama que la acompaña. En su nervio más profundo, toda vez que, aunque la matriz tecnológica vigente es en verdad una de tipo productivista, por completo subordinada a la reproducción de una escasez



artificial o relativa — y en esa misma medida una matriz que en verdad ha logrado llevar hasta nuevos niveles de saturación la abundancia de bienes producidos, respecto de estadios previos en la historia de la humanidad —, lo que esta enajenación pone de manifiesto es que la conciencia colectiva que se tiene sobre el resino de la libertad ha claudicado por completo del imperativo de ligarla con el reino de la necesidad, o mejor, con el de la plena satisfacción y supresión de la necesidad.

Pero esto, que en el fondo es una constante, un *leitmotiv* en el seno de la racionalidad capitalista, en la actualidad se presenta bajo figuras que implican un nuevo grado de radicalización del autorreferenciamiento de los individuos, incrementando sus capacidades y posibilidades de prescindir de una multiplicidad y una diversidad de experiencias de socialización con otras personas, en el seno de colectividades determinadas, que, asimismo, suponen, a su vez, una exponenciación de la experiencia hedónica en el día a día. Un par de situaciones que dan cuenta de esta radicalización se hallan, por ejemplo, en la rápida implementación de tecnologías de interconectividad que, precisamente, radicalizan los grados de autonomía del intercambio mercantil en la esfera de la circulación de la producción y el consumo, por un lado; y por el otro, en la masificación acelerada de aplicaciones y servicios tecnológicos pensados para individualizar aún más al propio individuo.

En el primer conjunto de ejemplos, en este sentido, es en donde se encuentran los desarrollos orientados por la expansión de las redes de internet 5G y 6G: tecnologías de conectividad con capacidades de transmisión de datos e información muy por encima de las hasta ahora hegemónicas, que, sumadas a la producción en serie de dispositivos electrónicos (como aquellos destinados al hogar), equipados con *softwares* de inteligencia artificial, tienen la capacidad de aprender de manera exacta los hábitos y el comportamiento general de las personas para automatizar el acceso que éstas tienen a determinados productos y servicios. En ciertas exploraciones analíticas, a este tipo de fenómenos es al que se ha dado en llamar «internet de las cosas» (BARRIO ANDRÉS, 2018).

En el segundo conjunto, por otra parte, algunas de las que son sus expresiones más radicales tienen que ver con la extensión de experiencias cotidianas en las que se involucra a seres humanos con computadoras equipadas con algoritmos capaces de imitar o de replicar el

comportamiento y el pensamiento humano, de tal suerte que la relación establecida por el *usuario* o la *usuaria* de esos servicios sea lo más próxima a la que tendrían con un ser humano cualquiera. Aquí, por ejemplo, aunque las variaciones son múltiples, una de las aplicaciones hoy en día más extendidas tiene que ver con la interacción que logran establecer las y los consumidores de algún producto o servicio con *softwares* diseñados para cubrir las divisiones de servicio al cliente y de servicios posventa de las grandes corporaciones transnacionales. Pero el problema no termina ahí, pues, asimismo, ensayos se están llevando a cabo para poder masificar aplicaciones de este tipo en el plano de la vida sexual de las personas; ámbito de despliegue, no sobra señalarlo, en el que se observa con mayor claridad que el problema de fondo de este tipo de aplicaciones es que hacen prescindible a la socialización — entendida en su acepción más amplia —, pues se concentran en maximizar la experiencia hedónica alcanzada al margen o eliminando por completo a otros factores propios del contacto intersubjetivo entre las personas: como la conflictividad intrínseca que conlleva el reconocimiento del Yo y de la *Otredad* (ŽIŽEK, 2018).

Ya sea que se lo aborde desde la distancia o prestando especial atención a sus especificidades históricas, lo que acontece en la actualidad, en lo que respecta a la relación de los individuos y de las colectividades con el campo instrumental vigente y su organización tecnológica, es que en ese vínculo, en esa síntesis, es en donde desdobra todo su potencial la contradicción fundamental de los tiempos que corren. Siendo las invenciones tecnológicas más recientes productos y servicios orientados a conseguir los grados máximos de individualización y de autorreferenciamiento de las personas en su singularidad, estos desarrollos son alentados por sus consumidores y/o *usuarios* porque ofrecen, en apariencia, una *liberación* inigualable de la personalidad, de las pasiones y los deseos del individuo respecto de las constricciones sociales operando en el contexto presente. Pero esa *libertad aparente* no es, sin embargo, euténtica libertad, sino simple individualización, escisión y atomización de la existencia social y colectiva en unidades personalizadas.

De ahí que el problema elemental, el nervio más profundo de la dominación tecnológica, tenga que ver con el hecho de que ésta se halla inmersa en un despliegue histórico en el que cada vez incrementa más sus capacidades de reprimir,

contener, suprimir o simplemente eliminar todo deseo y toda necesidad histórica, individual y comunitaria, de libertad y de liberación en sus acepciones más radicales: aquellas que tienen que ver con la emancipación de la humanidad del modo de producción capitalista y sus lógicas específicas de dominación y de explotación de clase, raza<sup>3</sup> y género (MARCUSE, 1969).

Ejemplos que den cuenta de esto hay, por supuesto, infinidad, dándose en la vida cotidiana de las personas. La dependencia generada alrededor de los dispositivos personales, como los *teléfonos inteligentes* y su universo de aplicaciones y servicios a disposición, es, quizás, uno de los más evidentes, llevando a otro extremo algunas tendencias que comenzaron hace algunos años (a partir de la masificación de equipos portátiles de reproducción digital de contenidos multimedia), en las que la nota o rasgo determinante era el aislamiento personal, en el espacio público y/o privado. En el plano discursivo, además, fenómenos similares son observables en las dinámicas que dominan las *formas* y los *contenidos* en los que se da la participación de los sujetos en la discusión pública: en plataformas como *Twitter*, sin ir más lejos, esto se aprecia en la manera en que el discursar se manifiesta como un acto por completo unilateral: la palabra arrojada al vacío y la voragine del anonimato.

Si a ese rasgo se adicionan las capacidades de silenciamiento que ésta y otras empresas (como *Facebook*) demostraron tener, en el prelude de la sucesión presidencial estadounidense, al eliminar simbólica y prácticamente a la figura de Donald J. Trump (el entonces aún mandatario al frente de la potencia militar y financiera más grande y agresiva de la que se tenga registro en la historia del capitalismo moderno) de sus plataformas y servicios, sin consecuencia alguna; y amenazando, además, con repetir la fórmula en todos aquellos escenarios en los que sus inversionistas consideren que se están violando los *términos* y

<sup>3</sup> A propósito de las explotaciones raciales, es importante señalar que la raza es una invención de la modernidad empleada como dispositivo de poder para subordinar a unas poblaciones a otras, y garantizar los máximos niveles de explotación capitalista: sobre la base de que razas inferiores son naturalmente propensas al trabajo esclavo o simplemente destinadas a cumplir con ese destino. Así pues, cuando aquí se señala la explotación de raza, es fundamental comprender que el sentido de dicha referencia no es reivindicar a los discursos que afirman que existen razas distintas entre el género humano. Cobrar conciencia de ello, no obstante, no debe conducir al equivoco de no hablar sobre la raza, porque de cometerse dicho error se estaría obviando que, a pesar de ser un invento social, histórico determinado, en los hechos, infinidad de discursos, de dispositivos y de estrategias de poder sin desplegados globalmente para racializar a ciertos grupos poblacionales, y así someterlos, explotarlos, dominarlos.

*condiciones* de su uso, una imagen relativamente amplia y aproximada se puede llegar a tener sobre los alcances que comienzan a tener las *BigTech* (corporaciones transnacionales monopólicas en el desarrollo de tecnologías de punta) en el ordenamiento, disciplinamiento y control del poder económico, cultural y político en cualquier nación.

Esto, pues, si se piensa desde un encare en el que se coloquen en el centro de la discusión los problemas de la mirada y del reconocimiento del *Otro*, arroja, inclusive, problemáticas aún más agudas, en las que se pone de manifiesto la radicalidad alcanzada por la *autorreferencialidad* de la subjetividad, por su permanente y creciente intento de construirse a sí misma al margen de toda conflictividad intersubjetiva. Y es que, en efecto, estando la comunicación y la convivencia, como lo está, cada vez más centrada en el uso de plataformas, aplicaciones y servicios en línea, las posibilidades de *silenciamiento*, de *exclusión* y de *bloqueo* social de las que se dispone en esos espacios ofrecen oportunidades que en los contactos de persona a persona, no mediados por el internet y las redes, simplemente no existen (HAN, 2013). Habría que comenzar, por eso, a pensar con radicalidad las implicaciones que tienen, por un lado, el que el universo de emociones humanas se vea reducido a una combinación de no más de un puñado de *reacciones* (entre el *me gusta*, *me encanta*, *me enoja*, *me entristece*, *me divierte*, etc.); y, por el otro, los cambios antropológicos desatados en este contexto por la creciente necesidad de *performar* una imagen, una idea, de la propia subjetividad en el espacio virtual como si ésta fuese poco menos que el producto de una suerte de progresiva incorporación aditiva de rasgos, todos ellos disgregados, fragmentados, en la multiplicidad y la diversidad de espacios virtuales de los cuales se participa en tanto que se es *usuario* o *usuaria*.

Las nuevas aplicaciones, servicios e innovaciones tecnológicas actúan en la vida social contemporánea maximizando los grados de «represión excedente» (MARCUSE, 1983) que necesita el sistema para contener en mayor medida la contingencia de las resistencias colectivas e individuales, pero lo hacen, paradójicamente, mediante la masificación — por medio de la expansión cualitativa y cuantitativa — del *consumo hedónico*. Esto, no obstante, no quiere decir que, a diferencia de lo que acontecía en las sociedades industriales avanzadas de mediados del siglo XX — en las que el ejercicio de esta represión se daba, sobre todo, a través de la violencia directa

desplegada por los *aparatos represivos del Estado* y sobre la base del creciente agotamiento social conseguido por intermediación del productivismo industrial —; hoy ya no exista o no siga siendo más la regla que domina la forma histórica específica en la que la escasez y la enajenación, la represión del placer y de la libertad, en general, se organizan en el capitalismo contemporáneo. Tampoco quiere decir, de ninguna manera, que el goce del consumo improductivo, en general, sea *en y por sí* mismo hedónico.

Por lo contrario, al apuntar al consumo hedónico como la contracara de la represión excedente contemporánea [emergiendo como una tendencia histórica que se desarrolló paralelamente al avance del capitalismo neoliberal, y cuyo origen es posible rastrear en la expansión de los movimientos sociales centrados en las *políticas de la identidad* (ŽIŽEK, 1999), hacia finales de los años sesenta del siglo XX], lo que se pretende es, en primera instancia, mostrarlo en toda su significación, justo como lo que es, y en su trayectoria histórica vigente, tendiente hacia su propia hegemonización por todas partes en la vida cotidiana; y, en seguida, poner de manifiesto que, desdoblándose por debajo de esas *formas clásicas* de represión excedente puestas en marcha por el capitalismo industrial —para canalizar la energía y la potencia de la vitalidad humana hacia el productivismo mercantil-capitalista, y que éstas no sean aprovechadas por los individuos y las comunidades en el cultivo del ocio y del consumo puramente improductivo —, ahí, actuando de común interés con los aparatos represivos del Estado y las dinámicas de extenuación del capitalismo, se despliega un tipo de actividad consuntiva singular que además de parasitar el descanso y la regeneración de la fuerza de trabajo viva anestesia en el sujeto social la necesidad del cambio y el imperativo de la resistencia frente al sistema histórico vigente. Entre represión excedente y consumo hedónico, por lo tanto, la problematización central a plantear no tendría que ser la de la oposición entre ambos fenómenos capitalistas (como si uno fuese la negación y la superación del otro; la concreción por fin alcanzada de lo que implica una utopía para aquel término de la ecuación que se basa en la escasez relativa), sino que, antes bien, tendría que ser la que apunte a visibilizar cómo el hedonismo contemporáneo que posibilita la organización tecnológica hoy dominante es, en realidad, un complemento de la represión excedente que actúa en la base del trabajo enajenado.

Una manera sencilla de ejemplificar esta relación entre hedonismo y agotamiento de la fuerza de trabajo es poniendo de manifiesto, de hecho, cómo la precarización laboral en curso lleva a millones de personas a desempeñar sus actividades productivas en dos o más empleos al día, a la semana o al mes, recurriendo, entre otras medidas, a enajenar su tiempo y su fuerza en trabajos *tradicionales* (como los de oficinista, los de técnico/técnica en alguna materia o los relativos a la manufactura y la maquila, entre otros) en los que se conservan ciertos grados de *estabilidad*, siempre relativos y en continua pauperización; y, aunado a ello, a completar su jornada para satisfacer sus necesidades de consumo mínimas sirviendo a grandes corporaciones transnacionales como *Uber Technologies Inc.* (o similares y/o derivadas), en las que además de ponerse en juego la prolongación del tiempo de vida dedicado cotidianamente al empleo, son los trabajadores y las trabajadoras quienes tienen que subsidiar al capitalista los medios de producción que éste necesita para sostener el servicio que oferta.

Ahí, en ese tipo de dinámicas cada vez más recurrentes en las grandes urbes: en las economías centrales (que ya avanzan a pasos agigantados por la vía de la eliminación de esa masa laboral, de la mano de los desarrollos tecnológicos que permiten la conducción automática y sin intervención humana de los vehículos, a la manera en que *Tesla Inc.* ha ido introduciendo dicha innovación no únicamente en los de uso privado, sino, también, en el transporte público de pasajeros); y en las periferias globales (en donde operan para incrementar la precariedad de las generaciones más jóvenes y, a su vez, para reforzar los contenidos ideológicos del *emprededurismo* y del *ser patrón de sí mismo*), precisamente ahí es en donde se observa que el agotamiento extremo que en décadas recientes era considerado un fenómeno propio del capitalismo decimonónico, específico de un momento en el despliegue de la revolución industrial occidental, hoy día se realiza a través de la reactualización de viejas fórmulas y de la implementación de nuevas estrategias (HAN, 2010). El lado oculto de esa extenuación extensiva e intensiva es que, lo que en la actualidad son consideradas actividades de descanso, son precisamente eso: actividades que, además de saturar el tiempo libre de las personas con el consumo enfocado en redes sociales y plataformas digitales de contenidos multimedia, lejos de ofrecer momentos de descanso, de recuperación y recreación, sumergen a las personas

en dinámicas de agotamiento psicoafectivo (Dongwei Yang, 2020) que en su desarrollo siguen incrementando las capacidades de reproducción, acumulación, concentración y centralización de capital; particularmente en los nodos desarrollados por las *BigTech* que ofertan esos contenidos, servicios y mercancías.

Basta, para dimensionar la magnitud del impacto que suponen las *industrias del entretenimiento* en la reproducción de la represión excedente en el capitalismo contemporáneo, con observar que, en el contexto actual, posibilitado por la diseminación global de la nueva cepa de coronavirus, *SARS-CoV-2*, fueron precisamente estas corporaciones las que más se beneficiaron por la generalizada instauración de *Estados de excepción sanitaria* alrededor del mundo (OROZCO, 2020). Y es que, en efecto, tan sólo en el primer trimestre del 2020 (es decir, cuando lo peor de la pandemia aún no había ni siquiera empezado, y cuando las medidas de confinamiento y de distanciamiento social aún no eran la regla general implementada por los Estados alrededor del mundo para lidiar con los índices de letalidad del virus), por el lado estadounidense, «las *FAANGM* (*Facebook, Amazon, Apple, Netflix, Google y Microsoft*), incrementaron sus ingresos respecto al mismo periodo de 2019, con un monto en conjunto de más de 234 mil millones de dólares (mmd) frente a casi 202 mmd en 2019, [generando ganancias netas por alrededor de] 37 mmd, mientras la mayor parte de la economía mundial acumulaba pérdidas» (JENKINS, 2021), precipitándose hacia una nueva recesión global de proporciones aún imprevisibles.

Las compañías chinas, por su parte, buscando consolidar el relevo del Estado chino y de sus capitales en la hegemonía global que desde hace un par de décadas dejó vacante Estados Unidos, en ese mismo periodo demostraron haber alcanzado niveles de competencia suficientes como para rivalizar directamente o incluso rebasar a las corporaciones estadounidenses en el ramo. No debe pasarse por alto, después de todo, que fue una sola corporación china (*Tencent*) la que en el primer trimestre del 2020 logró obtener ingresos equivalentes a los que alcanzaron las *FAANGM* estadounidenses en conjunto: casi 35 mmd en ingresos: «Tencent agregó más de 85 millones de usuarios de enero a marzo de 2020 en sus plataformas QQ, Weixin y WeChat; Alibaba aumentó [en] 22 millones sus consumidores en línea de enero a marzo de 2020; Baidu alcanzó 354 millones de usuarios en Baidu App, un crecimiento

de 96% respecto al primer trimestre de 2019» (JENKINS, 2021). Y la cuestión aquí es que, aunque estos desarrollos parecen ser *extraordinarios*, producto, a su vez, de una situación *excepcional* (lo cual es verdad), lo que es indudable es que luego de finalizarse el confinamiento global, nada de lo que han logrado en la industria se revertirá; por lo contrario, la *ingeniería social* puesta en marcha durante la pandemia de Covid-19 y las modificaciones introducidas por las *BigTech* en el empleo y en la vida cotidiana de las personas únicamente tenderán hacia su consolidación y generalización.

## VIGILAR Y BANALIZAR: AUTOMATIZACIÓN PRODUCTIVA E INTERIORIZACIÓN DEL PODER

Del cúmulo de trayectorias seguidas por la matriz tecnológica vigente y sus efectos en la dominación y la explotación capitalista hay dos que, desde la perspectiva del análisis aquí propuesto, vale la pena situar con mayor detenimiento, con el propósito de que las sociedades nacionales en América les den seguimiento y las resistan. La primera de ellas tiene que ver con los alcances a los que se extienden las innovaciones en las redes y los sistemas informáticos de vigilancia en tres planos o dimensiones distintas, pero interdependientes: a) en la puesta en marcha en aplicaciones, plataformas y servicios como los de mensajería instantánea, los relativos a las redes sociales, y, en general, los proveedores de algún tipo de servicio a través del internet; b) en la reconfiguración del espacio público y su control y permanente monitoreo en esquemas como el propuesto por el programa de *ciudades seguras* (*Safe Cities*) de la corporación china *Huawei*; y, c) en la masificación de dispositivos personales portátiles (*wearables*). La segunda trayectoria tiene que ver con las dimensiones en las que comienza a generalizarse la automatización productiva misma.

Ahora bien, ¿por qué estos, precisamente, y no otros desarrollos son los que captan la atención del presente análisis, cuando se tienen algunos fenómenos como los que se alcanzan a apreciar en la ingeniería genética, en la geoingeniería, en el *transhumanismo*, etcétera? De entrada, porque, en lo que respecta a esas otras derivas, una de las principales limitaciones ante las cuales se enfrentan esas innovaciones es que sus procesos de reproducción aún son sumamente costosos, lo cual limita, por el momento, sus posibilidades

de masificación o de generalización en la vida colectiva cotidiana. La segunda respuesta a esa pregunta es que, si bien es cierto que, como toda invención tecnológica dominada por la lógica y las necesidades del capitalismo, las que se dan en el seno de la geoingeniería, de la ingeniería genética, del *transhumanismo* y similares y/o derivadas se dan bajo un marcado sesgo de clase, en el plano de la inmediatez — de cara al colapso climático antropogénico en el que la totalidad de la humanidad se halla (SAXE-FERNÁNDEZ, 2019) —, las trayectorias observadas en los sistemas de vigilancia contemporáneos y en la automatización de cadenas de valor globales resultan ser espacios de disputa, nodos de tensión, aún más importantes que los que se dan en otras dimensiones de las matrices tecnológicas contemporáneas; toda vez que en ellas es en donde se hace aún más apremiante, para los grandes capitales transnacionales, conseguir grados de contención, limitación, supresión, disuasión o represión de la contingencia, de las resistencias y las alternativas.

Esclarecido lo anterior, pues, sobre la primera trayectoria valdría la pena comenzar por colocar en el centro de la discusión la importancia que tiene el problematizar con radicalidad la manera en que las innovaciones tecnológicas contemporáneas logran obtener, por parte de sociedades enteras, grados de interiorización cada vez mayores de ese ejercicio de poder que es la vigilancia. Y es que, en efecto, si, para la filosofía posestructuralista francesa de mediados del siglo XX el panóptico y tecnologías similares, generalizándose por todas partes en el espacio público de una nación, representaban los casos por antonomasia de la vigilancia que conducía al castigo y al disciplinamiento de la conducta humana (FOUCAULT, 2009); en la actualidad, la tendencia que comienza a hacerse dominante es aquella en la que los individuos y las colectividades disciplinan su comportamiento, sus capacidades discursivas y sus posibilidades de resistencia no por intermediación de una autoridad *exterior a sí*, sino que, por lo contrario, avanzan sobre el sendero de interiorizar esos regímenes de vigilancia para ser, por sí mismos, en su singularidad, sus propios panópticos.

En efecto, en las sociedades capitalistas contemporáneas:

[...] radicalmente más eficiente [que el ejercicio de poder tradicional del capitalismo industrial avanzado del siglo XX, de signo negativo, esencialmente inhibitor] es la técnica de poder

que cuida de que los [humanos] se sometan por sí mismos al entramado de dominación. Quiere activar, motivar, optimizar y no obstaculizar o someter. Su particular eficiencia se debe a que no actúa a través de la prohibición y la sustracción sino de complacer y colmar. (HAN, 2014, p. 16).

Esto, no obstante, no quiere decir que este ejercicio de poder específico de la matriz tecnológica dominante haya desplazado o eliminado esas formas negativas del poder (como la censura, la prohibición, el encarcelamiento, la violencia policial y militar, la desaparición, etcétera), sino que, por lo contrario, opera junto a él, debajo de él y, en ocasiones, por encima suyo. Se articula con esas formas para complementarlas y lograr, así, cerrar el mayor número de porosidades que los ejercicios *negativos* de poder no son capaces de sellar.

Este poder:

[...] se ajusta a la psique en lugar de disciplinarla y someterla a coacciones y prohibiciones. No nos impone ningún silencio. Al contrario: nos exige compartir, participar, comunicar nuestras opiniones, necesidades, deseos y preferencias; esto es, contar nuestra vida. Este poder amable es más *poderoso* que el poder represivo. Escapa a toda visibilidad. La presente crisis de libertad consiste en que estamos ante una técnica de poder que no niega o somete la libertad, sino que la explota. Se elimina la decisión libre en favor de la libre elección entre distintas ofertas. [...] De apariencia libre y amable, que estimula y seduce, es más efectivo que el poder que clasifica, amenaza y prescribe. El botón de *me gusta* es su signo. Uno se somete al entramado de poder consumiendo y comunicándose incluso haciendo clic en el botón de me gusta. El neoliberalismo es el *capitalismo del me gusta*. Se diferencia sustancialmente del capitalismo del siglo XIX, que operaba con coacciones y prohibiciones disciplinarias. [...] Lee y evalúa nuestros pensamientos conscientes e inconscientes. Apuesta por la organización y optimización propias realizadas de forma voluntaria. Así no ha de superar ninguna resistencia. Esta dominación no requiere de gran esfuerzo, de violencia, ya que simplemente *sucede*. Quiere dominar intentando agrandar y generando dependencias. La siguiente advertencia es inherente al capitalismo del *me gusta*: *protégeme de lo que quiero* (HAN, 2014, p. 17).

De signo *positivo* y no *negativo* es este ejercicio de poder porque de su eficiencia y su eficacia depende que las innovaciones tecnológicas en curso obtengan la *materia prima* sobre la que

se sustentan sus capacidades de dominación: los *datos*, la *información* producida por miles de millones de personas en su vida cotidiana, en su relación con dispositivos, aplicaciones, plataformas, servicios, redes, etc., al servicio del capital. Y aquí el tema es que sus campos de dominio no se restringen sólo a dimensiones de la vida cotidiana como la que se desdobra en el consumo de las redes sociales, sino que, antes bien, justo a través del uso de *wearables*, como *relojes inteligentes*, logran imponer niveles radicales de vigilancia y de control de las personas sobre sí mismas: hábitos de consumo, de descanso, de actividad física y de lectura; monitoreo biométrico: temperatura, ritmo cardiaco, presión sanguínea, niveles de oxigenación y de estrés, etc., se concentran en *artefactos* así, tiranizando a las personas, arrastrándolas a un control *biopolítico* más agudo que el que imaginó la filosofía francesa posestructuralista (FOUCAULT, 2007).

Piénsese que, en el plano de la vida laboral de las personas, lo anterior puede encontrar en la experiencia de *Amazon, Inc.* uno de sus ejemplos más acabados sobre la manera en que es posible forzar e incrementar la intensidad de la productividad de las personas a través de su sometimiento al uso de *wearables* en horarios laborales para monitorear los niveles de actividad/descanso que los individuos mantienen en una jornada cualquiera. Con el agravante que supone la imposibilidad en la que se encuentran las trabajadoras y los trabajadores de esa *BigTech* (como en muchas otras) de gozar de derechos mínimos de organización sindical, el que su productividad se vea sometida cotidianamente a este tipo de tecnologías de vigilancia no puede sino conducir a escenarios de mayor *superexplotación* de sus fuerzas de trabajo (HANLEY y HUBBARD, 2020).

Complemento de estos dos planos de realización de las redes de vigilancia contemporáneas es, además, la expansión de modelos de ciudades inteligentes, que no son otra cosa que esquemas de *reordenamiento* y de *gestión* del espacio público habilitados por la incorporación de sistemas de monitoreo biométrico, de «reconocimiento facial y de matrículas, [de] seguimiento de las redes sociales y otras funciones de vigilancia» (HILLMAN y MCCALPIN, 2019) con el propósito — el pretexto — de que la integración entre todas esas aplicaciones, *softwares*, *hardwares*, servicios y plataformas (posibilitados, en parte, debido a la expansión de la infraestructura 5G y 6G) ayude a los gobiernos locales, entre otras cosas, a contener

la criminalidad, la violencia, el caos cotidiano propio de las ciudades, etc., pero que, en el fondo, no deja de ser una forma de captación de datos/información y de observación permanente de lo que acontece en las ciudades que son *equipadas* con esta tecnología. Casos como los del territorio autónomo de *Xinjiang*, al Noreste de China, en donde este tipo de gestión biopolítica es implementada por el gobierno chino para someter a las poblaciones de *Uigurs* en la región son, por decir lo menos, ilustrativos de la manera en que estas innovaciones tienen en la explotación, el control y la dominación sus principales usos. En Occidente (principalmente en Estados Unidos), el equivalente de los *Uigurs* son las comunidades negras, las cuales han visto incrementar sus niveles de criminalización sistémica debido al uso de estas tecnologías (BACCHINI y LORUSSO, 2019).

En América, México, Argentina, Ecuador, Bolivia, Uruguay, Panamá y la Guyana ya forman parte de los Estados con los cuales *Huawei* tiene contratos para desplegar sus *ciudades seguras* (HILLMAN y MCCALPIN, 2019). Y si bien es verdad que la extensión de este tipo de gestión, control y dominio de la población aún es reducida, la realidad del asunto es que *Huawei* no es la única corporación transnacional intentando generalizar este modelo de urbes alrededor del mundo. Por otro lado, en América, debido a que la región es un pilar fundamental para la consolidación y el sostenimiento de cualquier proyecto de hegemonía global, principalmente por su posición geográfica, por su rol dependiente en la economía internacional y por sus reservas de recursos estratégicos (ORNELAS, 1995), el principal riesgo que habría que observar en el despliegue de este tipo de ciudades a lo largo y ancho del continente tiene que ver con los servicios que prestaría a regímenes políticos como los vividos en la segunda mitad del siglo XX (las dictaduras de *seguridad nacional*) o, en lo relativo al presente que vive la región, la manera en que se emplearía para aniquilar a las resistencias sociales, para gestar golpes de Estado, para sostener los proyectos políticos de la emergente ultraderecha continental, etcétera.

Finalmente, la segunda trayectoria histórica a prestar atención en América tiene que ver con la automatización de la producción mercantil. Por dos razones: a) porque la automatización en la región supone el ingreso forzado de millones de personas a las filas del desempleo, incrementando en proporciones mayúsculas las dimensiones generales del ejército industrial de reserva del

capitalismo global; y, b) porque la automatización de la producción en las economías centrales tiene exactamente el mismo efecto para las masas trabajadoras de América que las consecuencias de la automatización que se pone en marcha en tierras americanas, toda vez que, siendo las periferias globales espacios que en el capitalismo funcionan como lugares de externalización de costos (sobre todo los relacionados con el precio de la mano de obra, con la recaudación de impuestos por parte del Estado y con la destrucción del medio ambiente) (WALLERSTEIN, 2015), implementar tecnologías de automatización en países de Europa o en Estados Unidos implicaría que los capitales nacionales de esas locaciones ya no tendrían motivo alguno para desconcentrar su producción a lo largo y ancho de la periferia si los costos que se ahorran en economías como las de México, Brasil o Argentina ahora pueden ahorrar en sus propios países.

De ahí que, aunque justo ahora esta tendencia no se observe como dominante o creciente en la región (aunque tal afirmación habría que verificarla con posterioridad al levantamiento de los *Estados de excepción sanitaria* en el continente), incluso si son las economías centrales y sus capitales nacionales quienes la llevan a cabo en esas locaciones, el efecto inmediato y más potente sin duda se observará en las periferias globales. Al margen de esta consideración, sin embargo, valdría la pena hacer tres observaciones para motivar lecturas posteriores sobre esta problemática.

- i. Contrario a la afirmación dominante que se hace desde los discursos científicos y políticos que militan en favor de grados cada vez mayores de automatización productiva/consuntiva, la masa de desempleo generada por la generalización de este tipo de tendencias tecnológicas nunca ha logrado ser absorbida, con posterioridad, por los nuevos empleos que las nuevas tecnologías generan. Y es que sí, sin duda todo cambio de esta naturaleza conlleva la expansión de nuevas industrias y la necesidad de nuevos oficios y profesiones. Sin embargo, si la automatización es tal, es porque, en el núcleo de su lógica, es la fuerza de trabajo viva la que resulta prescindible, no sólo en una actividad en especial, sino, antes bien, en la totalidad de la cadena de valor de una mercancía o un servicio determinado.
- ii. Al respecto, si bien es verdad que el

propio Marx, desde los años en los que escribió su *Crítica de la economía política*, observó esta contradicción: que «la realización completa de la automatización del trabajo socialmente necesario es incompatible con la subsistencia del capitalismo» (MARCUSE, 1969, p. 7), que la automatización no sea compatible con la continuidad del capitalismo no quiere decir que, al alcanzarla, el resultado final de esa tendencia generalizada será el del tránsito hacia modos de producción de tipo socialista o comunitario (no-capitalistas). Esa es, sin duda, una posibilidad, que depende en gran medida de que las clases no propietarias de los medios de producción controlen el uso y el sentido conferido al campo instrumental del que disponen. Sin embargo, otras posibilidades también existen, y entre ellas se encuentra el que el sistema histórico-social que suceda al capitalismo — una vez que éste no sea capaz de sobrevivir a su propia dinámica de automatización —, sea, inclusive, muchísimo más perverso, violento, explotador y pernicioso que el capitalismo mismo. De ahí que, el que resulte en una cosa o en la otra dependa, por donde se lo quiera ver, de la relación de fuerzas dominante y de la política de las alternativas de los sectores explotados del planeta decidan desplegar y articular para sobrevivir a la decadencia del sistema (WALLERSTEIN, 2019).

- iii. En la consecución de niveles progresivamente mayores de automatización, el que ésta se lleve a cabo no depende sólo (aunque quizá sí en primera instancia) de la pura viabilidad técnica; es decir, de lo factible que resulte el eliminar al elemento humano de dicha actividad para que sean máquinas, algoritmos y *softwares* autónomos los que le sustituyan, sino que, por lo contrario, el éxito alcanzado también depende de factores como: «los costes de la automatización; la escasez relativa, las cualificaciones y el coste de los trabajadores que podrían realizar la actividad; los beneficios (por ejemplo, un rendimiento superior) de la automatización más allá de la sustitución del coste de la mano de obra; y consideraciones normativas y de aceptación social» (MANYIKA, 2017). De ahí que, de nueva cuenta, contrario al sentido común que impera sobre este tema en el

debate público general, la automatización no sea un problema exclusivo de los sectores industriales (manufactureros, maquiladores), sino que es, antes bien (y gracias a los saltos dados por la *inteligencia artificial* y su *aprendizaje profundo*), uno que compromete también, y en gran medida, a otras ramas de la vida económica, como los servicios educativos, el conocimiento técnico especializado aplicado a actividades de gestión empresarial, captura, análisis y procesamiento de datos, etcétera.

Sobre este último aspecto, por ejemplo, en México, únicamente contemplando el aspecto relativo a la viabilidad técnica de la automatización, alrededor del 63% del empleo total en el país está en riesgo de prescindir del elemento humano; mientras que de ese total poco más del 64.5% corresponde a trabajos en la rama manufacturera (MINIAN y MARTÍNEZ MONROY, 2018). Si se toma en consideración que las estructuras elementales de las economías americanas comparten, en sus rasgos generales, las determinaciones presentes en la mexicana, ese único dato tendría que servir como punto de arranque para comenzar a tomar previsiones para el futuro de las masas trabajadoras de la región. En un contexto de crisis sistémica, en el que la disputa por recursos cada vez más escasos es la regla de la violenta competencia intercapitalistas, que las masas trabajadoras tengan en el centro de su atención el problema de la automatización es, en todo sentido, no únicamente una necesidad de supervivencia a los tiempos que corren, sino, asimismo, un imperativo ético y un compromiso político con las generaciones más jóvenes.

#### Reflexiones finales

Hoy más que nunca, para las sociedades americanas, resulta fundamental reflexionar y cuestionarse sobre el carácter clasista que atraviesa a los desarrollos y las innovaciones científico-tecnológicas. Y es que, si se observa con detenimiento y se presta atención a la manera en que las grandes corporaciones transnacionales se apropian de invenciones hechas por sectores y/o intereses de la sociedad que tienen por objeto resolver alguna de las múltiples y diversas problemáticas que el propio capitalismo ha creado en el curso de su despliegue temporal y espacial, lo primero que sale a relucir es que, a través de la apropiación privada y monopólica de la riqueza socialmente producida y de las innovaciones

introducidas en el campo instrumental por esos sectores e intereses, el capitalismo en conjunto ha logrado incrementar su propia plasticidad y capacidad de adaptación a sus contradicciones, retrasando su inevitable colapso.

Dado el rol geopolítico que cumple en este momento América, en el conjunto del sistema internacional, el que las sociedades nacionales de la región tengan en el centro de su conciencia colectiva esta situación tiene la capacidad de ayudarles, primero, a resistir los embates que los capitales desplieguen sobre el continente, en su desesperación por intentar estabilizar el sistema y sus crisis recurrentes; y en seguida, a implementar alternativas políticas, económicas, culturales a las tendencias y trayectorias hoy vigentes.

#### REFERENCIAS

- BACCHINI, F.; LORUSSO, L. Race, again: how face recognition technology reinforces racial discrimination. **Journal of Information, Communication and Ethics in Society**, v. 17, n. 3, p. 321-335, 2019. Disponible en: <https://www.emerald.com/insight/content/doi/10.1108/JICES-05-2018-0050/full/html>.
- BARRIO ANDRÉS, M. **Internet de las cosas**. Madrid: Reus, 2018. 128 p.
- BOLÍVAR, E. **¿Qué es la modernidad?** México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2009. 69 p.
- BOLÍVAR, E. **El discurso crítico de Marx**. 2. ed. México: Fondo de Cultura Económica, 2017. 422 p.
- BOLÍVAR, E. **Las ilusiones de la modernidad**. 2. ed. México: Era, 2018. 205 p.
- BOLÍVAR, E. **Vuelta de siglo**. México: Era, 2019. 272 p.
- BRAUDEL, F. **Una lección de historia de Fernand Braudel**. Traducción: Enrique Lombera Pallares. México: Fondo de Cultura Económica, 1989. 318 p.
- CRARY, J. **24/7: El capitalismo al asalto del sueño**. Traducción: Paola Cortés-Rocca. Barcelona: Ariel, 2015. 144 p.
- FOUCAULT, M. **Nacimiento de la biopolítica:**



Curso en el Collège de France (1978-1979). Traducción: Horacio Pons. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica: 2007. 401 p.

FOUCAULT, M. **Vigilar y castigar**. 2. ed. Traducción: Aurelio Garzón del Camino. México: Siglo XXI, 2009. 359 p.

HAN, B-C. **La sociedad del cansancio**. Traducción: Alberto Ciria. Barcelona: Herder, 2010. 80 p.

HAN, B-C. **La sociedad de la transparencia**. Traducción: Raúl Gabás. Barcelona: Herder, 2013. 95 p.

HAN, B-C. **Psicopolítica**. Traducción: Alfredo Bergés. Barcelona: Herder, 2014. 127 p.

HANLEY, D.A.; HUBBARD, S. **Eyes Everywhere: Amazon's Surveillance Infrastructure and Revitalizing Worker Power**. Open Markets, 2020. 33 p.

HINKELAMMERT, F. **Totalitarismo de mercado: el mercado capitalista como ser supremo**. Madrid: Akal, 2018.

HORKHEIMER, M. y ADORNO, T. W. **Dialéctica de la ilustración: fragmentos filosóficos**. 10. ed. Traducción: Juan José Sánchez. Madrid: Trotta, 2016. 293 p.

JENKINS, C. Compañías tecnológicas chinas en la pandemia de COVID-19: Baidu, Alibaba y Tencent. **Laboratorio de Estudios sobre Empresas Transnacionales**, 2021. Disponible en: <http://let.iiec.unam.mx/node/3238>. Acceso en: 25 ene. 2021.

MANYIKA, J. *et al.* **Jobs lost, jobs gained: workforce transitions in a time of automation**. Brussels: McKinsey, 2017. 148 p.

MARCUSE, H. **El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada**. Traducción: Juan García Ponce. México: Joaquín Mortiz, 1968. 272 p.

MARCUSE, H. **Eros y civilización**. Traducción: Juan García Ponce. Madrid: Sarpe, 1983. 247 p.

MARCUSE, H. **Guerra, tecnología y fascismo (textos inéditos)**. Medellín: Universidad de Antioquia, 2001. 332 p.

MARINI, R.M. **América Latina: dependencia y globalización**. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – Siglo XXI, 2015. 291 p.

MINIAN, I.; MARTÍNEZ MONROY, A. El impacto de las nuevas tecnologías en el empleo en México. **Revista Problemas del Desarrollo**, México, v. 49, n. 195, p. 27-53, octubre-diciembre 2018.

ORNELAS, R. Las empresas transnacionales como agentes de la dominación capitalista. In: CECEÑA, A.E.; BARREDA, A. **Producción estratégica y hegemonía mundial**. México: Siglo XXI, 1995. P. 400-541.

OROZCO, R. Hegemonía, crisis sanitaria y bifurcación sistémica. **Cardinalis: publicación del Departamento de Geografía**, Córdoba, año 8, n. 15, p. 16-42, 2do. semestre 2020.

OSORIO, J. Actualidad de la reflexión sobre el subdesarrollo y la dependencia: una visión crítica. In: MARINI, R.M.; MILLÁN, M. **La teoría social latinoamericana: cuestiones contemporáneas**. 2. ed. Tomo IV. México, El Caballito – Universidad Nacional Autónoma de México, 2000. p. 25-48.

SAXE-FERNÁNDEZ, J. Capitalismo histórico y contemporáneo (1750-presente): formación social vinculada al colapso climático antropogénico en curso. In: SAXE-FERNÁNDEZ, J. **Sociología política del colapso climático antropogénico: capitalismo fósil, explotación de combustibles no convencionales y geopolítica de la energía**. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2019. p. 39-86.

WALLERSTEIN, I. La crisis estructural, o por qué los capitalistas ya no encuentran gratificante al capitalismo. In: WALLERSTEIN, I. *et al.* **¿Tiene futuro el capitalismo?** Traducción: Bertha Ruíz de la Concha. México: Siglo XXI, 2015. p. 15-46.

ŽIŽEK, S. **Acontecimiento**. 4. ed. Traducción: Raquel Vicedo. México: Sexto Piso, 2018. 181 p.

ŽIŽEK, S. **El acoso de las fantasías**. Traducción: Clea Braunstein Saal. México: Siglo XXI, 1999. 261 p.

## NOTAS SOBRE EXPLORAÇÃO E DOMINAÇÃO TECNOLÓGICA NO CAPITALISMO DO SÉCULO 21

**RESUMO:** Colocando em diálogo, por um lado, as contribuições da filosofia social (teoria crítica), desenvolvida por Herbert Marcuse, na segunda metade do século XX; e, por outro, a filosofia da técnica, testada por Bolívar Echeverría, nas primeiras décadas do século XXI; o presente texto busca problematizar os fenômenos contemporâneos de exploração e dominação capitalista, situando (espacial e temporalmente) e dando conta das tendências históricas dominantes que explicam os níveis de radicalidade aos quais ambos os fenômenos chegaram. Em particular, o que interessa aqui é identificar essas trajetórias seguidas de domínio e exploração tecnológica, no coração do capitalismo contemporâneo, que há alguns anos vem tendendo para sua própria hegemonia e consolidação na ocorrência da vida cotidiana em todo o mundo. Assim, a ênfase é colocada em tornar visíveis as lógicas de funcionamento que já operavam na realidade de milhões de pessoas antes do contexto inaugurado pela pandemia do SARS-CoV-2, trazendo à tona, sobretudo, suas contradições e tensões intrínsecas. A fim de cumprir este objetivo, o papel é dividido em três seções. Na primeira, é feita uma análise dos fundamentos, essência e forma da matriz tecnológica contemporânea; na segunda, os fenômenos de alienação e exploração tecnológica são problematizados como condições de possibilidade para a sustentabilidade do capitalismo, apesar da crise que está atravessando; finalmente, a terceira seção oferece algumas anotações sobre automação produtiva, sistemas de vigilância e a internalização do poder no Ocidente, em geral; e na América, em particular.

**PALAVRAS-CHAVE:** Dominação tecnológica; Inteligência artificial; Capitalismo; Vigilância; Automação.